21 de diciembre de 2018

**“Levántate, amada mía, preciosa mía, ven”**

Este texto del Cantar, que leemos cada 21 de diciembre, nos descubre el profundo gozo que experimentan el Amado y la Amada en su recíproco amor. El Amado busca a la amada, quiere atraerla hacia sí. Y la Amada lo recibe, lo acoge emocionada. Es lo que celebramos en la Navidad. Todo un Dios que, guiado por su loco amor hacia el ser humano, es capaz de hacerse hombre, venir a nuestra tierra para declararnos su amor e intentar ser correspondido.

Y es lo que celebramos también, tal día como hoy, al recordar a Madre Alberta. ¿No es hermoso pensar que, tras toda una vida entregada al Amor, puesta al servicio de los pequeñuelos en quienes el Señor habita, buscando agradar siempre y solo al Amado de su alma… sea Él mismo quien la llama -¡al fin!- a Su encuentro con semejantes palabras, preñadas de ternura? “Levántate, amada mía, preciosa mía, ven”. Y eso hizo ella: alzar el vuelo hacia el hogar de sus deseos, la morada de sus sueños, el lugar donde siempre había tenido puestos la mirada y el corazón. “Nací para el cielo, y a él dirigiré todas mis aspiraciones…”

En este nuevo amanecer, en el día que ahora comienza, pongamos también nosotras la mirada en el cielo, y con amor de hijas elevemos -con el rezo de Laudes- nuestra alabanza al Señor, nuestra más sincera gratitud por habernos dado en ella, en la Madre, un modelo y un ejemplo de amor comprometido, de ternura fuerte y valiente, de servicio humilde y deseos de cielo. Dispongámonos asimismo a acoger a nuestro Amado como ella lo hizo, a ese Dios que quiere dársenos, que ansía nacer en nuestro corazón y hacerlo arder.